

El sionismo y otros pensamientos marginales

Gilad Atzmon

Traducido para Rebelión por Germán Leyens y revisado por Manuel Talens

Una manera de considerar la política marginal consiste en esclarecer la problemática tensión existente entre los imperativos de igualdad y el mantenimiento de las visiones exclusivistas y supremacistas del mundo. Me estoy refiriendo a esa difícil dualidad en la cual uno pretende que lo vean como a todos los demás mientras que a sí mismo se considera superior. A primera vista, se diría que una exigencia humanista de igualar los derechos civiles afronta el problema y soluciona cualquier tensión entre el margen y el centro. Pero lo que se propone la política marginal es la derrota de toda invocación humanista a favor de la igualdad. Para el político marginal, la asimilación, la emancipación, la integración e incluso la liberación son amenazas mortales.

Una vez asimilado, el margen puede sufrir una grave “crisis de identidad”. En cierta medida, se solicita del sujeto marginal que renuncie a su particularidad y a su singularidad. Tras la integración, los heroicos días “prerrevolucionarios” de la honrosa lucha por los derechos civiles son reemplazados por la narrativa de la nostalgia. En la fase posrevolucionaria, lo que había sido el margen se convierte en una entidad inadvertida, en un grupo ordinario más. Cuando se llega a ser igual, no se es diferente de los demás. El éxito de la integración puede transformar toda autorrealización marginal significativa en un contenido anacrónico irrelevante. Éste es el motivo de que haya tan pocos políticos marginales que endosen por voluntad propia un llamamiento político a la asimilación. Un tal llamamiento significaría el suicidio político: la destrucción autoimpuesta del propio poder político.

Por el contrario, podemos concebir con facilidad una tendencia individualmente motivada hacia la asimilación: podemos imaginar a un miembro del denominado margen que busque formas de integrarse en la sociedad establecida. Una ojeada a la realidad social de los judíos europeos de antes de la Segunda Guerra Mundial ofrece una perspectiva interesante de este asunto. La asimilación nunca ha sido presentada como un llamamiento político judío marginal. Fueron más bien judíos individuales quienes aceptaron y disfrutaron las tendencias liberales europeas. Yo agregaría que incluso el Bund ^[1], que apoyó la asimilación política judía, insistió en el mantenimiento del patrimonio cultural judío.

Un estudio de la realidad contemporánea occidental que nos rodea revelaría una imagen de gran diversidad. Nuestra sociedad es una amalgama en la que muchos que solían ser marginales se han asimilado e integrado por completo. Además, varias minorías ni siquiera consideran su integración como un proceso de asimilación, sino más bien como una celebración natural de sus derechos civiles. El político marginal considera la tendencia natural de fundirse con la sociedad que rodea a alguien como una amenaza mayor.

Este trabajo ofrece una perspectiva crítica de diferentes aspectos del pensamiento político marginal. Sostengo que las teorías y los pensamientos políticos deberían ser diferenciados según sus estrategias de justificación, por su simple contenido. Además, sugiero que hay algo de inherentemente peligroso en cualquier forma de política

marginal. Me centraré aquí en la política marginal de los pensamientos separatistas sionista y lesbiano. Aunque este trabajo critica el discurso y el pensamiento políticos marginales, de ningún modo sugiere crítica alguna del sujeto marginal o de ninguna minoría.

El margen

El “margen” es un término que se refiere a los que viven al borde de la sociedad. Describe a los que se quedan atrás, a los que no pueden expresar su auténtica voz dentro del discurso dominante. El margen es siempre oprimido, acosado, humillado, sujeto a despreciables caricaturas, etc. El margen es marginal mientras su dolor no sea reconocido dentro del discurso establecido. El margen retiene sus cualidades marginales mientras las injusticias que se cometen en su contra permanezcan sin afrontar dentro del discurso dominante. Una vez que se reconoce la particularidad del margen y su aceptación por parte de la masa, el margen se convierte en miembro inherente de la gran comunidad; en otras palabras, se convierte en un grupo minoritario o incluso sólo en un grupo ordinario. Por lo tanto, habría que aceptar que, al menos hasta cierto punto, es el centro quien define el estado de ser marginal.

Pero, entonces, habría que preguntar, ¿puede comprenderse el margen sobre la base de sus propios términos? ¿Puede definirse el margen por sus propios medios? ¿Basta con ser lesbiana para que alguien sea una “lesbiana marginal”, sean cuales sean las circunstancias sociales prevalecientes? ¿Cómo se puede decir si uno pertenece a un margen determinado? ¿Basta con ser judío, musulmán, gay o de etnia albanesa para transformarse en una “identidad marginal”? Evidentemente, no. Podemos pensar en numerosos judíos, musulmanes, gays, lesbianas y albaneses que se desligan de todo vínculo con una identificación marginal. No se consideran marginales ni su entorno los considera como tales. El margen, por lo tanto, es dinámico y está conformado por su relación con el centro. El margen es lo que no logra estar en el centro. El margen se define en términos de negación (es decir, lo que no es) en lugar de por sus cualidades positivas (es decir, lo que es). Ése es el motivo por el que la política marginal se preocupa tanto de describir la realidad por medio de oposiciones binarias. Para los ideólogos gay, la oposición binaria es gay/heterosexual; para la política feminista es femineidad/masculinidad; para el sionista es judío/gentil y sionista/judío de la Diáspora. El sujeto marginal se inclina por definirse a través de un proceso de dialéctica negativa.

Tan pronto como el centro se muestra dispuesto a expandir su visión categórica de sí mismo, la realidad del margen se evapora; el margen se convierte simplemente en una minoría. Es el momento en que interfiere la política marginal y se introduce la oposición binaria.

El político marginal se compromete con el mantenimiento de la negación. Esta negación generalmente se logra por medio del aumento de la hostilidad del centro hacia el margen. El sionista existe para provocar el antisemitismo. Del mismo modo, la política marginal gay depende de la existencia de la homofobia y la feminista mantiene la imagen de la sociedad patriarcal. Parece como si la política marginal estuviera destinada a comprometerse en un intercambio ideológico con el discurso dominante. Existe para mantener la negación. Y, sin embargo, el problema persiste: ¿puede lo marginal

definirse por sus propios medios? Con el fin de afrontar este problema necesitamos entender la noción de identidad.

Identidad, identificación y autenticidad

Para transformar la “percepción marginal” en una noción coherente, el sujeto marginal debe presuponer que ser un “sujeto marginal” transmite una identidad real y auténtica. Un colono judío estadounidense que vive en tierra palestina confiscada tiene que creer verdaderamente que estar en tierra ocupada, estar implicado a diario en una interminable lista de crímenes de guerra y romper todos los códigos morales posibles, mientras arriesga su propia vida y las vidas de los miembros de su familia, constituye una realización directa de su “auténtico ser”. El colono tiene que creer que es hijo de Abraham y que su relación con su antepasado le otorga derechos especiales en lo que se refiere a la tierra palestina. El sujeto marginal tiene que creer que es la expresión de un ser genuino.

La creencia en una identidad verdaderamente auténtica es crucial para la realización del ser como un agente autónomo genuino, pero ¿es posible la autenticidad? Un pensador fenomenológico podrá decir que sí. Husserl argumenta que podemos referirnos a *evidenz*, que es “conciencia” de la materia en sí, como revelada del modo más claro, definido y adecuado, como algo de su especie. En consecuencia, uno puede experimentar una conciencia pura de sí mismo. Esta noción fue articulada por el *cogito* cartesiano: “Pienso, luego existo”. En términos fenomenológicos, es la “conciencia” pura y lúcida del Yo pensante que elimina toda duda respecto a mi “ser en el mundo”, por lo menos como entidad pensante. La fenomenología trata de describir cómo está constituido el mundo y cómo es experimentado a través de actos conscientes y de lo que se nos da en experiencia inmediata, sin la mediación de preconceptos y nociones teóricas. Según la fenomenología, la propia autoconciencia puede representar una forma auténtica, sin intermediarios, del conocimiento.

Martin Heidegger, discípulo de Husserl, no necesitó mucho tiempo para encontrar importantes fisuras en el esfuerzo filosófico de su maestro. Heidegger reveló que “ser en el mundo” podría ser ligeramente más complicado de lo que Husserl había sugerido. Fue la noción heideggeriana de la hermenéutica la que puso al descubierto los defectos de la fenomenología de Husserl. La hermenéutica trata de la compleja interacción entre el sujeto que interpreta y el objeto interpretado. Dentro de su lectura crítica de Husserl, Heidegger denunció el hecho embarazoso de que la conciencia directa es en realidad difícil de concebir. Los seres humanos, al parecer, “pertenecen al lenguaje”. El lenguaje está ahí antes de que uno llegue al mundo. Una vez que se entra en el reino del lenguaje, un muro separador, hecho de ladrillos lingüísticos simbólicos y de bloques de argamasa cultural, bloquea nuestro acceso a toda posible conciencia sin intermediarios. ¿Podemos pensar sin utilizar el lenguaje? ¿Podemos experimentar algo sin la mediación del lenguaje? Hay que reconocer que somos capaces de sentir deseo mientras soñamos o nos sentimos abrumados por la belleza, pero entonces, en cuanto lo consideramos detenidamente, nos encontramos enredados en un proceso de nombramiento. En cuanto nombramos, la conciencia cesa de ser directa. Una vez que estamos en el campo del lenguaje, nuestra percepción del mundo se ve conformada por significados que no son nuestros. Parecería que es imposible tener una genuina conciencia integral.

Si éste es el caso, ya no hay manera de hablar de identidad en términos de una genuina expresión del verdadero ser. Una autoconciencia sin intermediarios no existe a disposición de ninguno de nosotros. Incluso cuando alcanzamos lo sublime o nos encontramos frente a una experiencia inmediata inexpresable, en cuanto tratamos de compartirla, aunque sea simplemente en nuestra interioridad, ya nos estamos rindiendo ante el lenguaje. Por lo tanto, una mirada introspectiva nunca puede revelar una identidad auténtica.

De manera alternativa, podremos ser capaces de pensar en la identidad como un conjunto de ideas, narrativas o “modos de pensar”, como una visión del mundo o una percepción. Pero luego, más que hablar realmente en términos de una genuina “autoconciencia”, nos movemos intencionalmente para afrontar un proceso mental que se describe mejor como “identificación”. Nos identificamos con ideas, narrativas, formas de pensar, ciertas visiones del mundo, percepciones, etc. Entonces tenemos que aceptar que, cuando hablamos de identidad, realmente estamos hablando de identificación. La noción de identidad, tan crucial para los teóricos posmodernistas y marginales, es un mito. Cuando nos referimos a la “identidad marginal” lo que realmente queremos decir es “identificación marginal”.

Por lo tanto, ser lesbiana no basta para convertir a alguien en una “lesbiana marginal”. Aunque ser “lesbiana” es una forma de ser, ser una “lesbiana marginal” es una forma de identificación. Como vemos, el sujeto marginal no puede identificarse por sus propios medios. El colono judío estadounidense que cree erróneamente que sigue su verdadera llamada en realidad sólo se está identificando con una identidad mesiánica sionista. Se está identificando con una idea externa, en lugar de revelar su “verdadero ser”.

Al llegar a ver la identidad como un término carente de sentido, nos orientamos hacia una interpretación de la autopercepción como un mecanismo dinámico. Cuando hablamos de identidad nos referimos a un eje de identificación: en un extremo encontramos la elusiva noción de la autenticidad producida a partir de una autoconciencia sin mediadores (algo que es casi imposible de lograr); en el otro, tenemos un estado de distanciamiento al que se llega mediante la identificación. Por lo tanto, mientras más se busca el auténtico ser de cada cual, más se compromete en el proceso de identificación que conducirá, en última instancia, a la alienación total. Aquí nos tornamos hacia el giro subversivo que le dio Lacan al *cogito* de Descartes, con el que “pienso, luego existo” se ve modificado en “estás donde no piensas”. En todo caso, el pensamiento lo aleja a uno de sí mismo. La identificación lo posiciona a uno lejos de cualquier posible autenticidad.

De vuelta a la “política marginal”

Así pues, parece que la identidad es un mito y que la conciencia verdadera es una experiencia poco común. Por lo tanto, un sujeto marginal no puede definirse por sus propios medios. La declaración “miro en mi interior y veo a un sionista, un gay, una mujer, una nación, una sandía, etc.” es cualquier cosa, pero no una expresión de auténtica conciencia. Lo que significa en realidad es: “me identifico con el sionista, el gay, la mujer, la nación...” Una vez más, “sionista”, “gay”, “mujer”, etc. son expresiones lingüísticas común y colectivamente asignadas. No están dentro del campo de la intimidad sin intermediarios. Pero ni siquiera “me siento gay”, “soy lesbiana” y

“me siento judío” son expresiones auténticas, carentes de intermediarios. Tales expresiones sólo significan que una red lingüística externa organiza nuestros sentimientos. Una vez que pensamos, ya hemos sido derrotados por el poder dictatorial del lenguaje.

Las comunidades marginales son generalmente muy sensibles al poder del lenguaje y ése es probablemente el motivo por el cual una cantidad sustancial de su energía política se preocupa de la imposición de restricciones lingüísticas dentro del discurso dominante (usualmente en nombre de la corrección política). Es la razón por la cual las comunidades marginales son tan creativas en su uso de los lenguajes marginales. La relación de los sionistas con el resucitado lenguaje hebreo es un buen ejemplo. Los primeros sionistas comprendieron que el control total sobre el lenguaje les permitiría imponer su visión del mundo a generaciones futuras de judíos. Pero los sionistas no están solos al respecto. Otros grupos marginales son conocidos por sus dialectos, su ortografía y su vocabulario creativos. La siguiente lista presenta diferentes grafías para la palabra mujer/mujeres utilizada por las separatistas lesbianas en los años setenta: [en inglés, *woman/women*]: *wimmin*, *wimyn*, *womyn*, *womin*. Estas grafías alternativas tenían el propósito de “probar”, aunque fuese simbólicamente, que la mujer puede ser “completa” aun si la palabra hombre [*man/men*] queda eliminada de *woman/women*. “Nosotras, en calidad de *womyn*, no somos una subcategoría de los hombres [*men*]” [2]. El significado lingüístico define la visión del mundo.

Pero entonces, si el lenguaje tiene un papel tan crucial en la política marginal, el margen nunca puede separarse del centro. Incluso cuando establece su propio discurso, ese discurso sólo puede realizarse en términos de su relación con el discurso dominante. Además, si no existe un espacio con base propia para la identidad marginal como autorrealización o autoconciencia, analizaremos el margen de acuerdo con sus estrategias pragmáticas de intercambio con el discurso dominante.

Las estrategias

Los grupos de presión

Puesto que la hegemonía le ofrece ocasionalmente al margen la posibilidad de asimilación, el sujeto marginal goza de oportunidades de integración dentro del centro. Los judíos estadounidenses asimilados se han mostrado siempre extremadamente felices ante la posibilidad de convertirse en patriotas estadounidenses. Muchos judíos estadounidenses han ingresado en las clases dirigentes a través del mundo académico, los bancos, las inmobiliarias, el mercado de valores, los medios, la política, etc. Pero una vez que han llegado a posiciones clave dentro de la sociedad establecida, sus tendencias patrióticas han sido puestas en duda por aquellos que se quedaron atrás, en los márgenes. Los grupos de presión (*lobbys*) sionistas en EE.UU. se especializan en la búsqueda de judíos ricos e influyentes. Los presionan para que “salgan a la luz” y muestren mayor compromiso hacia la empresa nacionalista judía. Los políticos marginales gay se comportan de modo similar. Algunos políticos marginales tratan de avergonzar a sus hermanos y hermanas integrados. Esto sirve dos propósitos: en primer lugar, envía un claro mensaje de que la verdadera asimilación es imposible: cuando uno

es gay, lo será siempre; cuando uno es judío, lo será siempre. Dicha lógica quedó reflejada en una reciente película de dibujos animados: Shrek y la princesa Fiona se vieron condenados a descubrir que “cuando uno es ogro, lo será siempre”. Uno jamás puede escapar a su verdadera identidad. En segundo lugar, impulsa al asimilado hacia la colaboración con su antiguo clan. Jamás podrás escapar a lo que eres, así que más vale que te enorgullezcas de serlo. El sionista estadounidense lleva esta ideología un paso más lejos, diciéndole al judío asimilado: “Nunca dejarás de ser lo que eres, así que por qué no te enorgulleces de serlo y trabajas para nosotros”. Esos detalles nos ayudan a comprender el impacto de los grupos políticos judíos de presión dentro de la administración estadounidense. Además, pueden explicar el aumento del espionaje judío dentro de los centros y negocios estratégicos de EE.UU.

Consideremos la lógica de esta estrategia. En el primer Congreso Sionista, en 1897, Chaim Weizmann anunció: “No hay judíos ingleses, franceses, alemanes o estadounidenses, sino sólo judíos que viven en Inglaterra, Francia, Alemania o Estados Unidos”. Según Weizmann, se es primero judío y, después, estadounidense. En otras palabras, Weizmann llamó a los judíos a celebrar su identidad; pretendía acabar con las diferencias entre ellos o incluso eliminarlas. Ser judío es una característica esencial; todas las otras cualidades le están supeditadas. Por lo tanto, parecería que incluso los “judíos buenos”, esos que protestan contra las atrocidades israelíes mientras gritan “no en mi nombre”, caen en la trampa de Weizmann. Primero son judíos y sólo después son humanistas. En la práctica, sin comprenderlo, adoptan la estrategia de Weizmann contra la asimilación. En otras palabras, demuestran que el clan es más importante que cualquier otra categoría. La estrategia de Weizmann es sofisticada y difícil de combatir. Incluso el hecho de decir “no estoy de acuerdo con Israel, aunque soy judío”, significa caer en la trampa del clan. Una vez que se ha caído en la trampa, no se puede dejar atrás al clan; no se puede llegar jamás a endosar un lenguaje universal. Por extraño que pueda sonar, incluso cuando uno denuncia a su propio clan, está destinado a aprobar la filosofía marginal propia del clan.

En los primeros días del sionismo, la mayoría de los judíos se negaron a aceptar el programa de Weizmann, prefiriendo verse como estadounidenses, franceses o británicos que, además, eran judíos. Esta disputa entre el judío individual y el movimiento sionista se convirtió en un enconado conflicto. Durante su lucha por ser reconocidos, los sionistas admitieron su desdén por el judío de la diáspora. Esto dio lugar esencialmente al nacimiento del separatismo sionista. Los sionistas se enfrentaron al pueblo judío en nombre del llamamiento a su liberación.

Separatismo

Antes de la emancipación, el judío fue un extranjero entre los pueblos, pero en ningún momento pensó en actuar contra su destino. Se sentía como perteneciente a una raza propia, que no tenía nada en común con las demás gentes del país. El judío emancipado se siente inseguro en sus relaciones con sus prójimos, tímido ante los extraños, sospechoso incluso hacia los sentimientos secretos de sus amigos.

Max Nordau, discurso ante el Primer Congreso Sionista, Basilea, 1897.

El término “separatismo” se refiere al proceso en el que un grupo minoritario decide separarse de un grupo mayor. Se propone la separación en cuanto el político marginal

siente un peligro inmanente de integración en la sociedad establecida. El separatismo no se refiere sólo a los intentos de crear sociedades alternativas, sino también a prácticas de exclusión dentro de las propias comunidades marginales.

El sionismo se desarrolló como una reacción ante la emancipación de los judíos europeos, un proceso que comenzó con la Revolución Francesa y que se extendió rápidamente por toda Europa durante el siglo XIX. A finales de dicho siglo unos pocos judíos asimilados destacados (como Nordau, Herzl y Weizmann) comprendieron que la emancipación del pueblo judío podría llevar a la desaparición de la identidad judía. Su argumento era simple: los muros de los guetos habían sido demolidos y, a pesar de ello, los judíos no se integraban en la vida europea. Además, los europeos eran acusados de no ser sinceros en su armonía con los judíos: “Las naciones que emanciparon a los judíos se han equivocado en sus propios sentimientos. Para producir su pleno efecto, la emancipación debiera haber sido completada primero en los sentimientos, antes de que fuera declarada por ley.” El argumento es de un carácter muy elemental: primero tienes que quererme y sólo después deberías casarte conmigo. Esta idea parece razonable, pero debemos recordar que, a diferencia del amor, la vida civil se basa en el respeto en lugar de la afición. Espero que mi vecino me respete; también puede quererme, pero no se lo puedo exigir.

A fin de apoyar sus puntos de vista, los sionistas propagaron una imagen de antisemitismo emergente. Dicha imagen estaba lejos de ser exacta. En realidad, a finales del siglo XIX los judíos ya estaban profundamente involucrados en todos los aspectos posibles de la vida civil europea. Además, los propios dirigentes sionistas estaban altamente integrados dentro de su contexto cristiano. Pero necesitaban un mito persistente de persecución.

El 15 de octubre de 1894, el capitán Alfred Dreyfus, el único miembro judío del Estado Mayor del ejército francés, fue detenido acusado de espiar para Alemania. Durante todo su proceso, Dreyfus declaró su inocencia. Para muchos era obvio que Dreyfus fue víctima de una infame imputación racista. Theodor Herzl, destacado periodista vienés que viajó a París para cubrir el proceso, se emocionó ante la historia y dedujo de ella que la asimilación estaba condenada al fracaso. La única solución, según Herzl, era “[una] tierra prometida, donde podamos tener narices aguileñas, cabello negro o pelirrojo... sin que nos desprecien por ello. Donde por fin podamos vivir como hombres libres en nuestro propio suelo y donde podamos morir pacíficamente en nuestra propia patria” (*Judenstaat*, Theodor Herzl). Aparentemente, el juicio tuvo un inmenso impacto sobre Herzl pero, tal como señala Lenni Brenner, “Herzl malinterpretó el caso Dreyfus. El secreto del juicio, y la insistencia de Dreyfus en su inocencia, convencieron a muchos de que se estaba cometiendo una injusticia”. (*Zionism in the Age of the Dictators*)^[3]. En realidad, el caso creó una inmensa ola de apoyo gentil. Aunque Dreyfus nunca logró limpiar su nombre (en un nuevo juicio que tuvo lugar en 1899 Dreyfus fue nuevamente considerado culpable), el gobierno francés cedió ante la presión y redujo su sentencia. Como resultado del intenso apoyo de los intelectuales franceses y de la izquierda francesa, el sionismo perdió su influencia en Francia. Los judíos franceses se sintieron verdaderamente emancipados. El desagrado de Herzl es evidente en este fragmento de su diario: “[Los judíos franceses] buscan la protección de los socialistas y de los destructores del actual orden cívico... verdaderamente, ya no son judíos. Por cierto, tampoco son franceses. Probablemente se convertirán en líderes del anarquismo europeo.” Parecería que Herzl, un político marginal, sentía mejor que nadie la amenaza inmanente de la integración judía. Este ejemplo ilustra mejor que ningún otro la esencia de las ideologías separatistas; apuntan a crear barreras entre la gente. Tal como podemos

ver, Herzl, el político separatista, se alzó contra sus prójimos judíos. El separatismo es una estrategia de construcción de guetos y los sionistas han seguido esta estrategia desde finales del siglo XIX. Y, a pesar de ello, ¿quiénes sufrieron en primer lugar? Desde luego, los judíos que fueron lo suficientemente débiles como para tomarse en serio el separatismo sionista y los que están condenados a nacer dentro de una realidad sionista en Israel.

El caso del separatismo lesbiano es muy similar. En los años setenta, cuando las mujeres estaban cerrando las brechas sociales y logrando más igualdad, se desarrolló una tendencia militante feminista radical. En su artículo “El camino para todos los separatistas” (*Blatant Lesbianism*, 1978 *Sydney Magazine*, págs. 10-13), Ludo McFingers escribe: ‘Odian a los hombres, ven a las mujeres como una clase sexual, apoyan el determinismo biológico, rechazan el reformismo y desprecian a la izquierda’.

La premisa subyacente del separatismo lesbiano es que los hombres no pueden o no quieren cambiar. En consecuencia, las mujeres sólo pueden garantizar su propia libertad distanciándose de los hombres. Algunas mujeres separatistas sugieren la necesidad de una confrontación violenta con los hombres para derrocar su poder. No sorprende que algunas de las separatistas lesbianas más radicales prefirieran vivir en un mundo enteramente libre de hombres y que algunas hayan llegado a declarar que “los hombres muertos no violan”. Este caso recuerda la expresión sionista igualmente devastadora de “un árabe bueno es un árabe muerto”.

Las similitudes entre separatistas sionistas y feministas son evidentes. Además, de vez en cuando las dos ideologías radicales se funden en una sola voz demoledora. Cuando se sugirió a la feminista judía estadounidense Andrea Dworkin que la idea del País de las Mujeres (*Womenland*) era demencial, respondió: “¿No dijeron lo mismo sobre Israel? ¿Y no pensó el mundo que Theodor Herzl, el fundador del movimiento sionista, era un loco? Los judíos obtuvieron un país porque habían sido perseguidos, dijeron que ya bastaba, decidieron lo que querían, salieron y lucharon por eso. Las mujeres deberían hacer lo mismo. Y si no quieres vivir en Womenland, ¿qué? No todos los judíos viven en Israel, pero está ahí, es un lugar donde poder refugiarse si sobreviene la persecución... de la misma manera que los judíos lucharon por Israel, las mujeres tienen el derecho de ejecutar –sí, de ejecutar– a los violadores y el estado no debería intervenir” (*The Guardian*, 13 de mayo de 2000). Anteriormente, en la misma entrevista, Dworkin, la activista de “extrema izquierda”, admitió que “Sigue siendo partidaria del derecho de Israel a existir, del derecho judío a tener su propio estado y del derecho judío de combatir contra los que trataron y siguen tratando de matarlos, y también piensa que las mujeres tienen derecho a combatir o incluso a matar a los hombres que han abusado de ellas”. Puede que Dworkin represente los puntos de vista de una minoría, pero las similitudes ideológicas entre las dos declaraciones son evidentes.

Hace mucho tiempo descubrí que reemplazando la palabra “mujer” por “judío” y la palabra “hombre” por “gentil” podía transformarse con facilidad un texto separatista lesbiano en un panfleto sionista radical y viceversa. El separatismo lesbiano es una forma de “feminismo supremo”: requiere pasar desde la idea de que “toda mujer puede ser lesbiana” a la percepción radical de que “toda mujer debería ser lesbiana” (“Women, Wimmin, Womyn, Womin, Whippets – On Lesbian Separatism”, Julie McCrossin) ^[4].

Del mismo modo, un sionista argumentaría que “todo judío debería ser sionista”, en lugar de que “todo judío puede ser sionista”. Algunos sionistas irían un paso más lejos para argumentar que ya que Israel es “el Estado del pueblo judío”, todo judío debería ser

considerado sionista. En consecuencia, el rechazo del sionismo por un judío debería ser considerado un acto de traición o, por lo menos, de odio a sí mismo. Naturalmente, la mayoría de las mujeres no aceptarían seriamente su categorización por parte de las feministas radicales. Yo diría que, por lo menos antes de la Segunda Guerra Mundial, la mayoría de los judíos se sentían ofendidos por la declaración sionista. Parece que el Holocausto y su subsiguiente explotación industrial por las instituciones sionistas cambiaron la actitud de los judíos del mundo hacia el sionismo e Israel. El Holocausto fue la mayor victoria sionista, de la misma manera que las separatistas feministas consideran cada caso de violación como una prueba de la validez de sus teorías. Tal como hemos visto, la política marginal se mantiene por medio de la hostilidad hacia uno mismo. Para sostener la política marginal hay que evocar el odio hacia sí mismo. Los sionistas requieren sinagogas quemadas y las separatistas lesbianas necesitan víctimas de violaciones. Si no hubiese sinagogas quemadas los sionistas quemarían algunas por sí mismos. Si no hubiese víctimas de violaciones las separatistas lesbianas inventarían una mentira. Dentro de la visión separatista del mundo, una conducta semejante es legítima porque la estrategia y la campaña son más importantes que cualquier código moral. Desde un punto de vista separatista, todo el que se halla del otro lado es un enemigo.

La narrativa singular

La imposición de restricciones lingüísticas dentro del discurso dominante sirve la causa marginal. La corrección política es, en realidad, una posición política que no permite ninguna oposición política. En la superficie todo parece un levantamiento contra la noción de libertad de expresión. Pero el político marginal busca establecer una narrativa singular, una visión singular de la realidad, con un claro relato histórico en particular.

Una narrativa singular es una interpretación que se opone a la posibilidad de interpretaciones divergentes. Es una narrativa que incluye una refutación de cualquier posible narrativa contraria dentro de su *corpus* argumental o de su conjunto de ideas. El político marginal busca dictar la aceptación de una sola narrativa, tanto dentro de la sociedad marginal como de la dominante.

Dentro del margen, una tarea así se puede lograr con facilidad. Puesto que la identidad marginal se basa en la identificación colectiva con un conjunto de ideas, significados y apariencias artificialmente construido, todo lo que el político tiene que hacer es introducir la narrativa deseada dentro del *corpus* del conjunto identificado. Ser sionista significa, simplemente, que uno se identifica con la narrativa singular sionista. Por ejemplo, significa una aceptación total de la versión sionista del Holocausto.

Pero, en tal caso, ¿cómo puede el político marginal imponer una narrativa singular a toda la sociedad o a culturas diferentes? ¿Cómo puede imponer expresiones políticamente correctas? El caso del Holocausto es un ejemplo clásico. No se permite a nadie en Occidente que sospeche de la versión oficial sionista del Holocausto y esa prohibición está impuesta (en algunos países) por la ley. Además, los sionistas exigen que sus enemigos, los países árabes, endosen su versión del Holocausto. Incluso si cualquier investigador novato de la Segunda Guerra Mundial se da cuenta de que la historia sionista oficial no presenta una versión completa de la complejidad de los acontecimientos, a nadie se le permite que sospeche en público del relato sionista.

Cualquiera que denuncie la amplia colaboración entre sionistas y nazis es tachado de “revisionista”; cualquiera que ponga en duda las cifras, la dimensión o incluso el orden de los acontecimientos se convierte en un negacionista del Holocausto. Parece que los sionistas han logrado impedir que Occidente tenga acceso a uno de los capítulos más devastadores de la historia occidental. Occidente parece haber obedecido con docilidad.

¿Cómo se las arregla el sionista para dictar una narrativa singular? Mi punto de vista es que, en ciertos momentos, la narrativa sionista le ha convenido a las clases dirigentes y a quienes determinan la política occidental. Por ejemplo, después de la Segunda Guerra Mundial los sionistas ajustaron su narrativa para que se acoplara perfectamente a la visión estadounidense del mundo. Aquí encontramos la esencia del sionismo político: es un intento de establecer relaciones simbióticas entre el sionismo y las principales fuerzas coloniales. Es la historia del vínculo entre el sionismo y las diferentes superpotencias: primero el imperio otomano, luego el imperio británico y, ahora, Estados Unidos.

El sionismo no está solo en este sentido. No es una coincidencia que grupos feministas fueran de los primeros en “declarar la guerra” a los talibán, muchos años antes de que el presidente Bush se enterase de dónde estaba Afganistán (suponiendo que ahora lo sepa) y, a pesar de todo, pocos grupos marginales han tenido tanto éxito como los sionistas en el dictado de sus narrativas. No dudo que la versión oficial sionista del Holocausto convenía también, y mucho, a los victoriosos aliados angloestadounidenses. Dentro de la vasta aceptación de la tragedia del pueblo judío, nadie encontró realmente el tiempo necesario para discutir en detalle los criminales bombardeos aliados contra ciudades alemanas, obvios ataques contra civiles alemanes inocentes. Según la narrativa sionista, los estadounidenses fueron los liberadores (lo cual no corresponde verdaderamente a la realidad: fueron sobre todo los soviéticos quienes liberaron los campos europeos orientales) y los alemanes fueron los asesinos. Dentro de la narrativa sionista comúnmente adoptada del Holocausto, hay poco motivo para hablar de Hiroshima y Nagasaki. ¿Por qué íbamos a hacerlo? ¿No es bastante terrible Auschwitz? Los estadounidenses representan el bien supremo; los demás son malos (a veces incluso el ‘eje del mal’). Esta visión muy restrictiva del mundo permitió que los estadounidenses volcaran sus atenciones hacia Corea, Vietnam, Afganistán e Irak. Desde la Segunda Guerra Mundial no ha habido un solo año en el que EE.UU. haya dejado de bombardear a civiles inocentes. Hasta hace poco, los estadounidenses eran considerados por muchos como los supremos liberadores, los campeones de la democracia y la libertad, los que combatieron a Hitler y liberaron Europa. Pero, en la práctica, ni siquiera combatieron contra Hitler, sino más bien contra Stalin. La decisión de atacar las playas de Normandía en junio de 1944 fue en realidad el resultado de la derrota de Hitler en Stalingrado. Los estadounidenses y los británicos se dieron cuenta de que, a menos que EE.UU. entrara inmediatamente en la guerra en Europa Occidental, tendrían que enfrentarse pronto con la realidad de soldados rojos en Calais. Los estadounidenses no sólo endosaron la narrativa sionista del Holocausto, sino que se quedaron por lo menos con una parte de los derechos de autor. Según la narrativa enérgicamente impuesta del Holocausto sionista, los aliados liberaron Europa y salvaron a los judíos. La realidad de que la motivación principal fue bloquear a Stalin ha sido totalmente suprimida. Los sionistas nunca formularon demasiadas preguntas. Nunca les preguntaron a sus aliados por qué hicieron poca cosa por ayudar a los judíos durante la guerra. Nunca les preguntaron realmente por qué no bombardearon Auschwitz. Dentro de la aceptación del relato sionista, muchas de las preguntas más esenciales han sido barridas bajo la alfombra. Esto, obviamente, conviene tanto a los estadounidenses como a los sionistas.

Por lo tanto, el control de una narrativa única marginal debe ser entendido como el resultado de una asociación simbiótica entre el margen y algunos elementos clave del centro. Suele ocurrir cuando la narrativa marginal ha sido fabricada para que concuerde con la narrativa dominante. En consecuencia, los sionistas deberían darse cuenta de que el éxito de su narrativa del Holocausto puede ser pasajero. Dentro de un hipotético cambio político e intelectual en Occidente, la historia sionista será abandonada o, por lo menos, considerablemente modificada.

El sabra, el colono, la lesbiana y el gay

El sabra es duro y tierno. El israelí nativo ha recibido el sobrenombre de "sabra", tomado del cactus salvaje que florece en el árido suelo de Israel; el fruto de esta planta tiene espinas por fuera y es tierno por dentro. Esto implica que nuestros sabras son duros, bruscos, inaccesibles, pero sorprendentemente suaves y dulces por dentro. Este apodo es afectuoso y nuestros jóvenes lo llevan con orgullo, pues tienen fama de no poder ser "saboreados" por sus apariencias externas.

"Pero no pareces judío", es el dudoso cumplido que un joven israelí recibe generalmente cuando va al extranjero. El sabra, por lo general, es bastante más alto que su padre, a menudo es rubio y pecoso, muchas veces tiene ojos azules y una nariz respingona. Es arrogante, fornido y le gusta caminar en sandalias con un paso cadencioso, ligero y libre.

"Duro y tierno", instalación artística de Gabi Gofbarg, 1992

Quisiera ahora analizar las perspectivas de una conducta estereotipada marginal en relación con una dialéctica de la identidad. Es evidente que las identidades marginales adoptan con rapidez códigos de conducta excéntricos que llevan a que sea posible distinguir inconfundiblemente al sujeto marginal. En lo superficial tendría sentido: la nueva identidad liberada celebra su separación de la opresiva sociedad dominante. Parecería como si el sujeto marginal estuviera revelando su "genuino ser". Tal como hemos discutido, la noción de una genuina identidad manifiesta no se puede tomar en serio. Sin embargo, nos permitiremos ir un paso más adelante. Si la noción del verdadero ser queda descartada o es vaga, se requiere un medio externo de identificación. Esto explicaría el hecho de que incluso los sionistas más izquierdistas, aquellos que se consideran ateos, no hayan renunciado a la idea de circuncidar a sus hijos. Al fin y al cabo, la apariencia es más importante que la ideología. Las identidades marginales se vuelven fácilmente distinguibles en la multitud. Esto se aplica al sabra, al colono, al judío ortodoxo y también a otras identidades marginales estereotipadas (la lesbiana, el gay, etc.).

Ahora exploraré una de las caricaturas de identidad marginal más notables del siglo XX: el sabra. El sionismo pretende revelar la auténtica esencia del judío liberado. El sabra es el icono estereotipado de esa identidad liberada.

Tal como podríamos esperar, el sabra, al ser un judío separatista, se define en términos de negación con respecto al judío "inauténtico" de la diáspora. "Al igual que un cactus salvaje", el sabra "florece en el árido suelo", mientras que el despreciado y humillado judío europeo decae mentalmente en la reaccionaria Europa. El sabra "tiene espinas por fuera y es tierno por dentro", mientras que el "capitalista especulador", el "judío de la diáspora", parece suave por fuera, pero es extremadamente astuto cuando se trata de negocios. El sabra es "duro y suave"; puede matar como un verdadero "hombre" cuando

tiene que hacerlo, pero eso no le impide llorar como una “mujer” ante el “Muro de las lamentaciones” una vez que ha completado la invasión de la Ciudad Vieja de Jerusalén. Puede llevar a cabo la limpieza étnica de toda la población palestina el viernes y luego asistir a una manifestación de “Paz Ahora” en Tel Aviv el sábado por la noche. A diferencia del “blando” y humillado judío dócil, el sabra es duro; es “bastante más alto que su padre”. Como un soldado alemán, “a menudo es rubio... tiene ojos azules... Es arrogante, fornido y le gusta caminar en sandalias (bíblicas) con un paso cadencioso, ligero y libre.” Básicamente, es una especie de compromiso entre un comandante de la SS y un Moisés bíblico. Una especie de nazi en jeans, un gato con botas. Por muy interesante que sea esta caricatura, no hay nada genuino en su vergonzosa construcción. En calidad de varón israelí judío laico entre los años cuarenta y ochenta, uno estaba destinado a participar de buen talante en un proceso que le arrebatava todo sentido de autenticidad.

Por extraño que pueda sonar, el nacimiento del colono judío, un militante mesiánico radical que planea confiscar toda la “tierra del Israel bíblico”, es un intento de devolver al sabra a casa. Es un esfuerzo por resolver la imposible identidad esquizofrénica del sabra. Al igual que el sabra, el colono camina con sandalias en invierno; al igual que el sabra, es ligeramente atlético y fornido (sólo hasta los veintidós años, cuando le crece una barriga gigantesca, que es el símbolo de la buena salud judía). Pero, a diferencia del sabra, lleva una kipá sobre la cabeza, el *tzizit* ^[5] cuelga de sus pantalones y su joven rostro está cubierto de rizos. Sobra decir que no se parece a un soldado de la Wehrmacht. Más bien recuerda a un judío de la diáspora agarrado a un fusil automático Uzi. Parece judío porque lo es y está orgulloso de serlo.

Permítaseme mencionar, a renglón seguido, el sorprendente hecho de que los mayores crímenes contra la población originaria palestina fueron cometidos por los denominados sabras de izquierda, por jóvenes oficiales de las IDF (el ejército israelí), por soldados como Rabin y Sharon (para aquellos que no lo sepan, el origen político de Sharon se encuentra en la izquierda israelí; durante años fue personalmente un icono de la joven belleza masculina israelí). Tal vez sea posible explicar ahora la hipócrita y despiadada conducta de la izquierda israelí. Personas que están involucradas en el proceso de identificación llegan en última instancia a una separación total de toda interpretación auténtica. No pueden comportarse de un modo empático porque son incapaces de ponerse en el lugar del otro; simplemente carecen de todo sentido de su propio ser. Si consideramos el “imperativo categórico” de Kant que implica que “debes actuar sólo según una máxima tal que puedas querer al mismo tiempo que se torne ley universal”, tenemos que aceptar que no es aplicable en el caso del sabra, porque éste carece de una noción lúcida de su ser. Si uno se identifica totalmente con un icono colectivo remoto, entonces la “máxima de tu acción” es, prácticamente, la acción de un sujeto colectivamente identificado. Por lo tanto, para el sabra su acción es una forma de “ley universal”. En otras palabras, el sabra no tiene sentido ético, por no hablar de la comprensión del universalismo. Esta revelación puede explicar el que, dentro del mundo político israelí, haya sido Menachem Begin, el judío de la diáspora, quien inició el proceso de paz con el mundo árabe. También puede ser el motivo de que sea Shimon Peres, el otro judío de la diáspora, quien sigue involucrado en un proceso que considera erróneamente como un proceso de paz.

El caso de las feministas radicales es similar. La sorprendente descalificación de todo el género masculino como violadores sólo puede entenderse como derivada de un sentido ético gravemente trastornado. Con demasiada frecuencia nos encontramos con una historia sin fundamento de un hombre al que acusan de acoso sexual. No trato de

argumentar que no exista el acoso sexual; simplemente trato de ilustrar las condiciones que posibilitan semejantes acusaciones sin fundamento. Trato de sacar a la luz la estructura del trato discriminatorio colectivo. Argumentaría que el trato discriminatorio colectivo resulta de una capitulación ante el proceso de identificación, de una capitulación que conduce a una ausencia de sentido empático y moral.

La política marginal, que a veces se presenta como la expresión del margen oprimido, pretende en realidad el robo de la noción del ser del sujeto marginal. La política marginal se especializa en robar las cualidades humanas más básicas de sus seguidores. El sionismo, como una forma radical de política marginal, debería ser considerado como un movimiento antihumanista. Esto puede explicar la conducta sionista, la pasada, la presente y la futura.

Pero, entonces, no es posible culpar al sujeto marginal. El asesino sabra no es en realidad un sujeto auténtico; no es él quien asesina, es la 'identidad', la identidad caricaturizada que está destinado a representar. La lesbiana separatista que quiere un mundo sin hombres no expresa realmente su propio deseo; esa separatista no es en realidad ella, sino más bien una identidad singular colectiva que adopta una identidad que sólo existe en un reino ideológico platónico.

Conclusión

Sería necesario dejar atrás el antiguo binomio izquierda/derecha. Lo que importa no es si se está en el campo correcto, hasta qué punto se es capaz de producir argumentos izquierdistas ni tampoco el contenido de la visión política de cada cual. Lo que importa es la estrategia de justificación que se tiene. La política marginal es errónea tanto si aparece en la derecha como en la izquierda. La política marginal es un llamamiento contra la humanidad, contra la multiplicidad del paisaje humano. Es un rechazo de la idea de estar entre otros. Se basa en la construcción de muros y de guetos, ya sean de ladrillo, de gamasa, de hormigón o, simplemente, de fronteras culturales.

[1] En 1897 se fundó el Bund, sindicato de trabajadores judíos de Polonia y Lituania, núcleo del Partido Comunista. (*N. del T.*)

[2] www.msu.edu/~womyn/alternative.html

[3] www.marxists.de/middleeast/brenner/ch01.htm

[4] www.takver.com/history/womyn.htm

[5] La Torá establece que los varones judíos deben llevar unos hilos en forma de flecos en las prendas que tengan un mínimo de cuatro puntas. Se trata del tzizit. (*N. del T.*)